

## UN ARTISTA CIEGO.

Hace muchos años hicimos amistad con un ciego español de nacimiento. Era un notable violinista y tan exquisita era la tonalidad que sacaba al instrumento musical, que parecía como si la facultad que había traído a la vida al nacer faltándole el sentido de la vista, se le hubiera duplicado o triplicado al del tacto, como compensación, pues resultaba un verdadero virtuoso del violín, tocando las piezas más difíciles que se han escrito para ese instrumento y con predilección la del maestro Sarazate, vasco como el ciego.

Un día traté de indagar, de ahondar, en los sentimientos del ciego. Quise saber como tomaba él la vida ambulando entre tinieblas, como se daba él cuenta de los colores, de una mañana de sol, de un atardecer, de un claro de luna. El ciego entró a explicarme y me habló así: "Yo nací ciego y por lo tanto no me pasa lo que a otros que nacieron con vista y luego la perdieron por un accidente cualquiera. Esos ciegos son más desgraciados que nosotros los que hemos sido siempre ciegos. Nosotros no echamos de menos una cosa que nunca poseimos. ¿Que como me doy cuenta y aprecio los distintos colores, la belleza de las flores, la de una mañana de sol y un claro de luna? Naturalmente yo no sé como sienten los demás ciegos que están en las mismas condiciones que yo, pero desde hace muchos años me conformé con las explicaciones que de los colores, de las flores y de las otras

cosas bellas me daba mi madre, que era una mujer muy culta, y yo iba formando en mi pensamiento, en mi cerebro, una imagen espibitual para cada cosa, y así no echo de menos nada de lo que vosotros, que teneis vista gozais."

Bueno es hacer constar que no se trataba de un ciego vulgar, sino de un ser inteligente, de una sensibilidad extraordinaria. Vereis. Hablabamos varios amigos delante del ciego, del juego de naipes llamado tresillo, bastante complicado y entretenido por cierto. El ciego nos dijo que conocia el juego y que, además, lo jugaba regularmente. Curioso. ¿Verdad? Simplemente por probar, complacimos al ciego y uno de nosotros se encargo, bajo sus instrucciones, de ir haciendo con un alfiler ciertas marcas a las cartas de la baraja. Oro, copas, espada y basto, llevaban una marca distinta, perceptible al tacto finisimo del ciego. Luego venian otras marcas para señalar el tanto de la baraja: as, dos, tres, etc. Cuando todo estuvo marcado nos sentamos tres amigos y el ciego cuatro, se barajaron los naipes y se echaron las cartas y vimos entonces que el ciego simplemente por el tacto habia colocado los naipes boca abajo pero, según pudimos ver después, en perfecto orden por palos, y categorías. Empezó el juego y tuvo la fortuna el ciego de haber recibido mejores cartas que sus compañeros, aunque no ganó la partida, sirvió perfectamente las cartas, demostrando que no le hacia falta la vista para entretenerse con un juego de naipes tan complicado como lo es aún para un jugador con buena vista.

Hemos querido traer aquí estos recuerdos de este ciego notable

para que se comprenda que aún siendo la vista el primer sentido corporal, el principal, no lo es en absoluto cuando se tiene la otra vista, la del espíritu.

--- oooOooo---